

mero, que esta milagrosa Imagen, patrona de esta ciudad, siempre ha protegido muy señaladamente á quienes la invocan en sus necesidades: segundo, que las autoridades de aquellos felices tiempos, castigaban ejemplarmente (sin andar con miramientos), las faltas cometidas contra los ministros del altar; y por último, que la Iglesia procede sabiamente en todo, y no á la ligera.

Réstame sólo decir que de la Carrera fué sentenciado á la última pena y cortando el verdugo la sacrílega mano, fué colocada en el lugar citado hasta que el tiempo la demolió.

LI.

D. Juan Antonio del Castillo y Llata.

Y en donde brota el dolor
Y en donde la pena clama,
Allí, con dulce candor,
Bálsamo consoiador
Su amante pecho derrama.

V. RIVA PALACIO Y J. DE D. PEZA.

HABLAR á una ciudad que le fué tan grata por su fidelidad, afabilidad y adhesión, de un hombre benéfico: traer á su memoria los buenos oficios que desempeñó como hombre religioso, respecto del Santuario; como fiel vasallo hácia el César; y como hombre lleno de caridad con los pobres y en beneficio del público: presentar á los corazones sensibles el retrato de un hombre cuya vida fué el ejercicio de las virtudes más caras á la humanidad;

y cuyos días preciosos corrieron como el agua pura que liquida el calor de la misericordia benigna: llegar por último á ser el intérprete de los pobres que lamentaban la falta de un padre tierno y bondadoso; es el triste y dulce empleo superior á mis fuerzas, que impone sobre mis hombros y con que me honra en esta ocasión mi gratitud." (1)

Nació este ilustre varón en San Cibrián, pequeño lugar de la Provincia de Burgos, abadía de Santander, de dos antiguas y nobles familias de Castilla en 1843. Sus cristianos padres D. Antonio del Castillo y Doña Manuela de la Llata, cuidadosos más de la salvación de su hijo que de su fortuna, le inspiraron desde su niñez, amor acendrado á la virtud; y de aquí que desde sus primeros años se admiró en él la circunspección de una edad madura. Un aire modesto y al mismo tiempo afable, le granjeaba la estimación y confianza general.

A los veinte años llegó á México donde estaba ya su hermano D. Francisco, en donde se dedicó al comercio, haciendo siempre y en todo la voluntad de éste; y siendo ya apto para manejarse por sí, vuelve su hermano á la península para continuar allá sus negocios mercantiles.

D. Juan Antonio parte para Sierra Gorda á dedicarse al ramo de minería. Sus primeros pasos fueron levantar del abandono en que yacían, los minerales de Xichú, Atargea, Río blanco y Pinal, atendiendo á la vez al decaimiento religioso, reparando los templos de estos reales, así como las misiones de Bucareli y San Miguel de las Palmas,

(1) Elogio histórico por D. Antonio Pérez Velasco.—1818.

haciéndoles donativos de vasos sagrados, altares é imágenes.

Fué su corazón tan benigno, que jamás oprimió á sus deudores, antes bien, les perdonaba partidas de consideración.

Se retiró de aquellos lugares, donde la Providencia, pagando así su habitual largueza, le acrecentó sus capitales; poniendo en esta ciudad su asiento, en donde se le invistió del poder de regir en orden y administrar justicia á sus habitantes.

Jamás por atender á las pretensiones de los ricos ó de obsequiar los deseos de sus amigos, torció la vara de la justicia; ni menos se dejó arrastrar de las intrigas y parcialidades, tan en boga entonces como ahora. Las leyes, la razón y la justicia fueron siempre su norma.

Desempeñó el honroso cargo de Hermano Mayor de la Orden Tercera de N. P. S. Francisco, así como la mayordomía del Santísimo en la Parroquia de Santiago, siendo á la vez individuo de otras venerables corporaciones.

Conociendo nuestro Conde que las riquezas que Dios da á los ricos, no llevan otro móvil que fructificar en sus manos en beneficio de la indigencia, jamás cerró sus arcas para el desvalido.

Y si en este sentido fué pródigo, no lo fué menos en fomentar el culto y esplendor en los templos. Díganlo el convento y templo de Capuchinas de Salvatierra á quien regaló para su fábrica \$23,786 00 constituyéndose su protector y síndico, socorriendo aquella casa continuamente, y llegando al grado de decir á aquellas religiosas, girasen contra él las letras que quisiesen, sin señalar gua-

rismo. ¡Tal era la caridad de que estaba poseído este insigne caballero!

El convento de religiosas carmelitas descalzas (hoy Seminario Conciliar), llamado vulgarmente Teresitas, es un testigo de su generosidad; pues para terminarlo, después de haber estado á su cargo toda la obra, puso de su peculio \$22.191 00, constituyéndose á la vez en su protector perpetuo.

Reedificó la parroquia de San Sebastián, corriéndolo él mismo en la dirección de la obra, así como de su costo.

El superior gobierno le encomendó la demarcación de la mitra que en 1799 se pensaba erigir en Sierra Gorda, Huasteca y parte del Nuevo Santander, lo cual ejecutó partiendo personalmente sin arredrarle el clima de aquellas serranías, ni los trababajos consiguientes á tan dilatado viaje; y después de prestar todos los datos necesarios al objeto, haciendo una estadística general y planos consiguientes, cuyos trabajos y gastos de viaje importaron \$6,000 00, nada cobra de esto; pues su empeño principal es prestar todo su contingente para fomento de la religión y bien de sus semejantes.

Cerca de ocho lustros sirvió á su soberano en la carrera de las armas, llegando á obtener la plaza de Coronel; y es de notar que siempre renunció á sus sueldos, cediéndolos en beneficio del real fisco.

Después de diez y siete años de trabajos y solitudes, obtiene del Illmo. Sr. Lizana, establecer la misión de la Purísima Concepción de Arnedo, erogando \$4,359 00, teniendo que sufrir de aquellos salvajes el ser apedreado.

Su fidelidad al rey le hace sacrificar \$25,000 00 en bien del Estado, y no obstante haber perdido más de \$300,000 00 por las incursiones y robos de los rebeldes, lo vemos siempre firme en sus principios sirviendo á su patria y á sus compaisanos por adopción.

Dió \$4,000 00 para fomento de la escuela gratuita que estableció el Tercer Orden, dotada por el Br. D. Juan Caballero y Ocio en la Academia; y no contento con esto, estableció y dotó en los altos, una academia de dibujo que hasta hoy existe, bajo el título de San Fernando, (por haberla dedicado á su soberano el Sr. Fernando VII) en cuya fundación gastó \$21,000 00.

La juventud proletaria debe siempre recordar con gratitud los beneficios de este benefactor; y los maestros de dicho establecimiento, deberían inculcar en sus alumnos sentimientos gratos hácia su verdadero padre; pero desgraciadamente esto es de lo que menos cuidan. (1)

No es posible, dice un historiador, precisar guarismo de lo que el Sr. Conde repartió entre los pobres, en el transcurso de su vida.

De esta manera supo cumplir este varón insigne con aquellas palabras del Señor: "Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César."

Por último, después de ocho meses de penosa enfermedad, pasó á recibir el premio á su abnega-

(1) Allí permanece aún su retrato; y yo mismo he preguntado alguna vez á dos ó tres alumnos, que qué personaje representa dicha pintura y uno no supo, y otro sólo supo decir que era el fundador. Esto corrobora mi aserto.

ción y acendrada caridad, el 29 de Septiembre de 1817.

El I. Ayuntamiento de esta ciudad, siempre grato á nuestros benefactores, ha hecho público su testimonio de gratitud, grabando en letras de oro el nombre de este benemérito, titulando la antigua calle de Jaime y después de la Academia, con el de D. Juan Antonio del Castillo y Llata.

Pláceme sobremanera hacer constar por la centésima vez, que no es mi patria foco del obscurantismo y país de retrógrados, como el liberalismo se empeña en demostrarlo á diario; pues la verdadera ciencia, pese á los progresistas modernos de tal credo, consiste en la práctica de la mayor y más santa de las virtudes, la Caridad.

LII.

La Capa del Mendigo.

"Bajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor."

Adagio vulgar.

EL suceso que nos ocupa acaeció en la Villa de Santa María del Pueblito, por los años de 50 á 52, época en que estaba de Cura propio de aquella Parroquia el Pbro. D. Luis Luna y Pérez, en cuyo empleo permaneció muchos años hasta su muerte. (1)

(1) Estuvo primero de 1828 á 31 y después de 1845 á 54.
LEYENDAS.—32.

Entre los muchos pordioseros que llegaban al curato á implorar socorro, habia un viejecito que periódicamente venía á recibir su óvolo, pernoctando en la cuadra sobre blando colchón de paja.

Este jamás quiso decir su origen, ni aun revelar el nombre de su patria; mas esto no impedía que el buen Cura (como la generalidad de los de su clase) le socorriera con largueza.

Todo su haber se reducía á un tosco bordón, un sombrero de petate formado de tres distintos tejidos, un morral colgado al hombro y una colcha formada de mil y tantos parches y remiendos de distintos paños y colores; y por ende muy pesada.

Tantas veces había pernoctado ya en aquella casa de vuelta de sus correrías por las aldeas en busca de sustentó, que ya era bastante conocido de aquella gente.

Después de algunos años de estos viajes y vueltas, llegó una noche al curato, y después de internarse á su aposento, pidió al mozo una poca de agua porque se moría de sed.

El mozo, al ser preguntado por el Sr. Cura sobre si ya le habían llevado su cena al viejecito, dijo que no había tomado alimento, sólo una poca de agua, lo cual llamó la atención del Sr. Cura, quien fué á verlo, encontrándolo abrazado en calentura.

En vista de esto, dispuso se medicinara y preparara para que se confesara, lo cual hizo el mendigo sin dilación.

Después de los auxilios necesarios el viejecito aquel murió, corriendo todos los gastos por cuenta del Sr. Cura.

Al levantarlo de su lecho un hermano del citado Sr. Cura y un mozo, notaron que la colcha de los mil y tantos remiendos pesaba más de lo natural, lo cual incitó la curiosidad de investigar la causa, examinada la cual, se encontró que en algunas partes donde estaba el lienzo doble, había incrustadas y bien cosidas á la colcha algunas onzas de oro, que reunidas hacían un buen puñado.

El Sr. Cura pasó á Querétaro á poner en conocimiento del Sr. Cura juez eclesiástico de la parroquia, lo acontecido, llevándole aquel tesoro, quien ordenó que no sabiendo el origen del mendigo ni su patria, se le hicieran sus funerales en la misma parroquia del Pueblito, repartiendo lo sobrante á varios sacerdotes para que se le aplicasen misas; lo cual fué verificado exactamente.

Este suceso me lo refirió su hermano ya citado del referido Sr. Cura, quien todavía vive, aunque ya tocando el ocaso de la vida. (1)

Un mentís más á la tan decantada codicia de los Curas, con que el liberalismo se empeña en desprestigiarlos; siendo el pan cotidiano de la prensa impía.

(1) Murió en mi poder en la indigencia en 1897 y se llamó Francisco de Sales Luna. En su tiempo fué uno de los primeros violinistas de esta ciudad, discípulo de D. Eusebio Sánchez y poco tiempo antes de morir, aun tocaba con perfección las variaciones de "El Carnaval de Venecia."

¡¡Sic transit gloria Mundi!!